



CAPÍTULO XVI.

UNA PARTIDA DE CAZA URBANA.

LA emoción que se produjo entre la servidumbre femenina con motivo de la ejecución del gato, fué extraordinaria.

—¡Habrás visto, decía la cocinera, que se llamaba señora Andrea, escándalo tal por un pobre gato, no parece sino que se trata de un criminal.

—¡Qué sabe usted, objetó la galopina, los perjuicios que ese animal habrá ido á hacer al salón, y tal vez en los papeles del amo!

—Pero eso no es motivo para mandarlo matar. ¡Alma mía de él, tan mansito y tan callado!

—¿Callado? dijo una *recamarera*, ¿callado? ¡Qué bien se conoce que no se desvela usted como yo, mi alma. ¡Callado cuando toda la santa noche se la pasa el muy... dando unos gritos que parece que le hacen algo!

—Para eso, dijo Andrea, todos los gatos maullan, especialmente...

—Pues lo que es éste no maullará esta noche; y me alegro, porque me dejará dormir.

—Ni crea usted que lo cojan.

—¿No?

—Ya se ve que no.

—¿Y usted en qué se funda?

—Eso, yo me lo sé.

—Lo habrá usted espantado para que no lo cojan.

—¿Usted así lo cree?

—Por lo menos, me lo malicio.

—Pues bien, sí lo espanté, porque me pareció una obra de caridad: y no sólo lo

espanté sinó que lo bañé de agua fría, y ya sabe usted que el gato espantado... del agua fría huye.

—¡Qué cruel es usted! ¡pobrecito animal! ¿Y así está usted abogando por él?

—Lo hice por su bien, para que se destierre por algunos días, mientras pasa el furor de matarlo.

—¡Pues lo matarán á pesar de todo! dijo la *recamarera*.

—¿Cuánto apuesta usted á que no lo matan?

—Lo que usted quiera; mi ración. Figúrese usted que el lacayo me ha dicho que el señor D. Salvador le ha ofrecido media onza de oro por el gato muerto.

—¡Oiga! dijo Andrea, D. Salvador ha... ¡Jesús, María y José nos acompañe! Y cállate lengua, porque....

—¿Qué está usted diciendo, señora Andrea? dijo la galopina.

—Nada, mi alma; decía yo que la primera en la frente, porque nos libre Dios de los malos pensamientos.

—Y la segunda en los labios, agregó la recamarera, imitando el tono de voz de Andrea porque nos libre Dios de las malas palabras.

—Es que no he dicho malas palabras; que no soy ninguna mal hablada.

—No, no ha dicho usted malas palabras; pero con eso da usted á entender quién sabe qué cosas.

—¡Es usted muy maliciosa!

—No tanto.

—En fin, cada uno es dueño de su pensamiento; y lo que es á mí, no me la dan muy fácilmente.

—¿Por qué dice usted eso? preguntó la recamarera acercándose.

—¿Para qué lo quiere usted saber?

—Nada; era para ver si era lo mismo que yo me pienso.

—¡Si ha de ser! ¿Pues qué no tiene uno ojos?

—Yo no había querido decir nada, porque ya sabe usted que no es bueno andarse una en chismes; pero la verdad, yo compadezco al pobre del amo.

—¡Y con razón! Sí, con perdón de usted, ya se.... descara mncho: ahí los tiene usted hasta las doce ó hasta la una de la noche platicando en la sala solitos; y el amo, ó se sale á la calle, ó está en su gabinete como muerto.

—¡Si le digo á usted, que yo no sé como no ha llegado á haber un escándalo!

—¡Pero lo habrá! ¡Eso júrelo usted, mi alma!

—¡No lo permita Dios! que no soy yo, y se me cae la cara de vergüenza.

—Mientras tomaba en la cocina este carácter la cuestión de la muerte del gato negro, la entenada de Santos se había arrojado ya á los piés de Chona.

—¡Señora, por lo que usted más quiera en el mundo! por el señor D. Carlos! por los huesitos de su mamá de usted! por el señor D. Salvador, le ruego que no maten á mi pobre animal, que yo le ofrezco á usted que no volverá á subir! pero hágalo usted por Dios, señorita, diga usted que no lo maten!

UNIVERSITÄT
"ALFONSO REYES"
Vols. 1005 BONTREY, 1880

El dolor creciente de aquella mujer la hacía derramar abundantes lágrimas, ni más ni menos que si se tratara de un sér humano.

Los gritos de la mujer se confundían con los que, por todas partes, daba la servidumbre, alentada por el deseo de ganar la propina, y porque el revestir aquella batida de más aparato del que en sí requería, era para la misma servidumbre una ocasión de manifestar al amo su lealtad y su eficacia.

—¡Don Vicente! gritaba el lacayo desde la azotea, allá vá; dice José que lo ha visto descolgarse al segundo patio; búsquelo, y que cierren el zaguán.

—¡Santos! gritaba otro, que cierre la puerta.

En esto se oyó una detonación en la azotea, y la entenada de Santos no pudiendo contenerse se levantó, y cambiando su actitud humilde por otra resuelta, se irguió y gritó con aire insolente:

—¡Pues no lo matarán! ¡no lo matarán! porque yo lo defenderé; y los amos no son

reyes para dar esas órdenes; ya lo veremos; que también hay justicia para los pobres y el *inspetor* es mi compadre, y aunque sean ricos los amos, ya veremos si esto se queda así.

—¡Cállese usted, mi alma! le decían las criadas, no arme usted escándalo, que tal vez *por la buena* hasta le darán á usted una gratificación.

—No quiero gratificación, lo que quiero es mi gato que nada les come.

—¿Quién tiró? preguntó un criado.

—Fué el amo Don Salvador que le *jerró*, contestó el lacayo.

Efectivamente, Salvador había tirado al gato disparando una pistola y no le había dado. Salvador, no obstante su gravedad habitual, había aceptado sin vacilar el papel de verdugo del gato, porque á pesar de su espiritismo y de todas sus idealidades, no podía disputarle á su propia conciencia que estaba obrando pérfidamente con respecto á su antiguo y fiel amigo Carlos; de manera que el haber tomado á pechos lo de la muer-

te del gato negro, era una especie de excusa que el mismo Salvador creía encontrar; excusa que por insuficiente que fuera bastaba, al menos por el pronto, para hacer algo en favor de Carlos, en cambio de lo mucho que hasta allí había hecho contra él.

Crecían por todas partes los gritos y la algazara de los criados, tomaban incremento los comentarios de las maritornes; y contrastando con la animación de la batida, Carlos estaba quieto, inmóvil y pensativo en un sillón de su cuarto.

Chona apenas se hubo desprendido de la entenada de Santos, creyó, tal vez porque la conciencia no se equivoca, que debía ponerse al lado de su marido.

En el género de vida que estos dos esposos habían seguido desde que se casaron, era un acontecimiento notable ver acercarse á Chona á su marido, de una manera cariñosa y afable.

Chona se acercó á Carlos.

—Me da pena verte tan preocupado y tan entregado á esa superstición. Vamos,

no hay que creer en eso, ó vas á acabar por contagiarnos á todos con esa idea y adios expedición, adios fiestas, todo va á ser duelo y pesadumbre.

Carlos no contestó sinó al cabo de un largo rato esta sola palabra:

—Siéntate.

Chona hizo rodar otro sillón y se sentó al lado de su marido.

—No: dijo éste, más acá; y le indicó á Chona una actitud, en la que casi quedaban marido y mujer frente á frente.

Carlos meditó mucho su introducción, pero dijo así:

—¿Sabes que los gladiadores romanos que morían en el circo en presencia de un numeroso concurso, procuraban tomar una actitud graciosa para exhalar el último suspiro?

—Sí; contestó apenas Chona.

—Eso era porque los romanos, como yo, le tenían más miedo al ridículo que á la muerte.

—¿Por qué dices eso? dijo Chona hacien-

do un esfuerzo supremo para hacer con serenidad la pregunta.

—Lo digo porque.....

Chona estaba en ascuas.

—Lo digo porque mi superstición es muy ridícula.

Chona respiró.

—Yo he conocido personas de muy buen criterio, que participan de algunas de esas ideas que bien puede ser una debilidad; pero que luego se comprende que hay cosas.... dijo Chona procurando forjar una disculpa que ni el mismo Carlos pensaba.

—¿No es verdad que hay cosas..... Voy á explicarte mi superstición.

Chona contuvo la respiración.

Carlos continuó:

—Delante del hombre hay eternamente un misterio impenetrable, y cuando se ha tenido la desgracia de perder la receta maravillosa del agua bendita y de otros amuletos no menos apreciables; cuando un día, más atrevido ó más ignorante, el hombre ha pretendido analizar y dar rienda suelta

á su imaginación; entónces surge del fondo de todas las cosas lisas y llanas en virtud de milagros ó de influencias divinas; surge, decía yo, la dicha y vuelve uno al punto de su ignorancia, pero con un desengaño más y con un consuelo menos.

En esta sucesión de acontecimientos en la cual hay necesidad de tomar parte en la vida, el día que uno menos lo piensa comprende todas esas desgracias, todos esos contratiempos que vienen sin aviso previo, y un día se nos desploma un techo ó nos viene equivocadamente una bala destinada á otro, ó nos sucede, en fin, una de tantas desventuras imprevistas y que ni yo ni nadie tiene el poder de conjurar; pues bien: al hombre no debe estarle tan obstinadamente cerrada la clave de esos avisos; es preciso que exista un signo precursor, que surja una coincidencia, que brote un aviso de cualquier objeto, y sucede así indefectiblemente: mi aviso es el gato y por eso insisto: me va á suceder una desgracia.